

El tercer hilo de la trama: El guerrero cristiano medieval contemplado desde *El Quijote*

Fernando Miguel Pérez Herranz*

1. ¿UN CRISTIANISMO HUMILDE, AFEMINADO Y DÉBIL?

Ya desde Maquiavelo se viene reprochando al cristianismo «haber hecho al hombre humilde, afeminado y débil»¹ y se evoca con nostalgia la fuerza, la grandeza y la belleza de la vida antigua². Nietzsche y Heidegger continúan con esta cantinela, cristianizan a Platón con desahogo y ponen en el *resentimiento* la «fuerza creativa» del cristianismo. Pero ¿cómo se puede hablar de la debilidad de un sistema social, cultural y político como el cristiano, que ha unido la Cruz y la Espada, que ha perfeccionado al feroz guerrero a caballo, en el que alguno de sus Papas ha dicho misa tras quitarse la armadura con la que acababa de combatir? ¿Débil la religión cristiana que no halla impedimento en alcanzar a Dios por medio del combate y que tiene a San Jorge o a Santiago como santos patrones? Baltasar Gracián, valga como ejemplo canónico, aconseja recordar al soldado en el mismo momento de la comunión:

«Meditarás cuando recibieres al Señor como a Rey [...] Esposo [...] Médico [...] Capitán [...] Juez [...] Pastor [...] Maestro [...] Si Capitán, cuando toda tu vida es milicia, alístate bajo sus banderas, llámale en tu socorro, viéndote sitiado de tan crueles enemigos»³.

¿No será el cristianismo, al contrario, una religión que afirma al guerrero, que avala la soberbia, el machismo y la fuerza de quienes protegen esa nueva totalidad que es la Iglesia romana? ¿No es acaso la complicación de incor-

* Universidad de Alicante.

1 N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, II, 2, Alianza, Madrid, pp. 198-199.

2 Cf. F. MEINECKE, *La idea de la Razón de Estado en la Edad Moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, pp. 33 ss.

3 B. GRACIÁN, *El Comulgatorio*, XLV (edición de Emilio Blanco en *Obras completas*, Turner, Madrid, 1993, p. 873).

porar la figura del guerrero a una doctrina moral pacifista —el *Sermón de la montaña*— transformada en institución eclesial, lo que le da al cristianismo una singularidad especial? ¿No ha necesitado el cristianismo de sus mejores inteligencias para justificar esa contradicción que parece ser el *guerrero cristiano* en el marco de una *comunidad del amor*?

Demasiado acostumbrados a mirar las fronteras del mundo desde el norte del Mediterráneo, los europeos no se atreven a pensar que estas tierras que aparecen en el centro del mundo pudieron haber sido en ocasiones *materia* o causa material para otros pueblos y no causa formal ni eficiente ni final. Esta convicción acrítica de los europeos acompaña a todas las fuerzas políticas e ideológicas y, en buena medida, mantiene su unidad ideológica⁴. Que Europa pudiera ser *materia* para los hunos o los mogoles que llegan de las estepas de Asia y empujan a los pueblos germánicos —visigodos, suevos, vándalos, alanos, francos, burgundios, hérulos, ostrogodos, longobardos...—, los cuales, a su vez, desbordan las fronteras del imperio romano poniéndolo en jaque mate, es tesis difícil de asimilar. Cuando los visigodos de Alarico entran en Roma en el 410, la conmoción provocada es inmensa. San Jerónimo (340-420), el obispo traductor de la *Vulgata*, da testimonio de aquel traumatismo y predica el derrumbe de la civilización cristiana a causa de los pecados de los cristianos (causa que se convertirá en un lugar común para explicar cualquier crisis)⁵. Pero San Agustín (354-430) ofrece una salida al cristianismo digna de los genios: aquellos sucesos no significaban ni el fin del mundo ni el fin de la iglesia, sino únicamente el fin del imperio romano. Un imperio que habría cumplido su papel de marco para la expansión de la Iglesia (por ejemplo: construyendo las calzadas por donde los apóstoles llevan el mensaje de Cristo). Por eso sería equivocado confundir Roma e Iglesia: si Roma representa el estado finito y accidental para el gobierno de los hombres, la Iglesia representa la «sociedad civil»⁶, que es como decir la cultura, la civilización,

4 Todavía José Ortega y Gasset considera que la salvación de Europa se encuentra en volver a «mandar» sobre el resto del mundo: «Por Europa se entiende, ante todo y propiamente, la trinidad Francia, Inglaterra, Alemania. En la región del globo que ellas ocupan ha madurado un módulo de existencia humana conforme al cual ha sido organizado el mundo. Si, como ahora se dice, esos tres pueblos están en decadencia y su programa de vida ha perdido validez, no es extraño que el mundo se desmoralice (...) Las causas [de la desmoralización] son muchas (...) Una de las principales, el desplazamiento del poder que antes ejercía sobre el resto del mundo y sobre sí mismo nuestro continente. Europa no está segura de mandar, ni el resto del mundo de ser mandado. La soberanía histórica se halla en dispersión». En *Obras completas*, IV, Alianza, Madrid, 1984, pp. 239 y 271.

5 Ese milenarismo, que nunca desaparece en la civilización cristiana, resurge en forma de utopías, restauraciones, restituciones...

6 Cf. J.L. VILLACAÑAS, ««Societas civilis sive res publica»: una aproximación normativa», en *Res Publica*, 9-10, pp. 9-29.

el orden y la paz, la esencia misma de la vida humana⁷. Y el mejor patrimonio de los cristianos son sus mártires, que anteponen la fe a la violencia. Algunos, como San Pancracio, porque resiste en su fe a toda presión exterior; otros, como Maximiliano (295-316), porque se niegan a combatir en los ejércitos, lo que es incompatible con su vida cristiana, convirtiéndose en símbolo de la objeción de conciencia. Hipólito de Roma (siglo III) había enunciado la regla: «Ningún cristiano debe hacerse soldado» y Tertuliano rechaza los oficios de soldado y de magistrado, porque tienen que ver con la muerte o la pena de muerte y repudia los juegos de circo.

Mas a partir del siglo VI el vínculo Iglesia - Estado obliga a dar un giro de ciento ochenta grados a la opinión que el cristiano tiene de la Guerra. La religión cristiana no ha de prohibir todas las guerras, sino sólo las injustas. Pues, si bien es cierto que el Nuevo Testamento es pacifista —«Todo el que empuñare la espada, morirá» (*Mateo*, 26,52); «Yo os digo: no resistáis al mal» (*Mateo*, 5,39); «No defendiéndooos, carísimos, sino dando lugar a la ira» (*Romanos*, 12,19); «A nadie hiráis; os baste con vuestro estipendio» (*Lucas*, 3,14); «Envaina la espada» (*Mateo*, 26,52)...—, el Viejo Testamento está plagado de la violencia de Dios —«E hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de Yavé, desde el cielo. Destruyó estas ciudades y toda la hoya, y cuantos hombres había en ellas y hasta las plantas de la tierra. La mujer de Lot miró atrás, y se convirtió en un bloque de sal» (*Génesis*, 19-24,26)...—. La cuestión es: ¿Cómo podrán hilarse estos textos de Amor y Guerra sin contradicción en una teoría política?

San Agustín pone las bases de un concepto que va a transformar el pensamiento y la propia filosofía: «*La guerra justa*». Pues la guerra, uno de los males por excelencia —junto a la muerte, la peste y el hambre (*Apocalipsis*, 8)—, se transformará en un mal relativo, y aun en un bien, si se hace por Amor. *Pues el Amor es la otra cara de la Guerra, las dos caras de un mismo concepto: la Comunidad de Dios en la Tierra*. Para ello es necesario que se den las condiciones canónicas que fija San Agustín (*Contra Faustum Manichaeum*):

a) En primer lugar, la guerra ha de ser declarada por la autoridad legítima del príncipe, pues no es a la persona particular a quien incumbe esta decisión, que ni tiene competencia para convocar a la colectividad ni puede hacer valer su derecho ante tribunal superior. Es a los príncipes a quienes compete defender el bien público, según enseña San Pablo: «Pero si haces el mal, teme, que

7 De ahí la dificultad para identificar el carácter sagrado y la sangre regia por medio de la unción, que fue rechazada radicalmente por Gregorio VII. Véase el poco convencional análisis de D. GERHARD, *La Vieja Europa. Factores de continuidad en la historia europea (1000-1800)*, Alianza, Madrid, 1991, p. 30.

no en vano lleva la espada. Es ministro de Dios, vengador para castigo del que obra mal» (*Romanos*, 13,4).

b) En segundo lugar, la guerra ha de fundamentarse en causa justa: o bien para vengar las injurias recibidas o los atropellos cometidos o bien para restituir lo que ha sido injustamente robado.

c) Y, finalmente, la guerra exige la recta la intención de los contendientes, encaminados a promover el bien o a evitar el mal. Pues incluso las mismas guerras son pacíficas para los verdaderos creyentes si se promueven por deseo de paz y no por codicia o crueldad. Esta condición limita la primera, pues la guerra resultará ilícita si el príncipe se deja llevar por perversas inclinaciones.

Así que si el Guerrero ha de quedar acogido por la Iglesia —vicaria de Dios en la tierra una vez clausurado el tiempo de la Revelación—, y puestos los cimientos de su justificación moral, únicamente hay que esperar el éxito de la empresa para ver transformarse el concepto de *guerra justa* en el concepto radical de *guerra santa*, la guerra ordenada directamente por Dios.

2. LOS «DEFENSORES» EN LA SOCIEDAD LITÚRGICA MEDIEVAL

La singular institución que es la *milicia imperial romana* va tomando un perfil definido desde la Alta Edad Media a medida que se separa de la estructura clásica del Senado y de las instituciones políticas del Imperio Romano. Allí el *miles* ocupa una posición subsidiaria respecto de las instituciones políticas, que limitan su autonomía. En el momento de la gran transformación histórica que ocurre entre los siglos XI y XIII, el *miles* es reemplazado por el *guerrero* que alcanza un pacto con la Iglesia, transformándose en *caballero cristiano*⁸. Mas ¿cómo propagar sus virtudes al resto de la comunidad? Dado que el guerrero no sabe «producir subjetividad», se encontrará en manos del poeta y del clérigo para conseguir su reconocimiento⁹. Y se pone en marcha la justificación, apología, defensa o alegato del *defensor del nuevo poder eclesial*. Mediante el halago y la adulación al caballero se intenta hacer compatibles las creencias militaristas en la sociedad litúrgica medieval¹⁰, suficien-

8 Cf. los estudios de JEAN FLORI sobre el caballero medieval: *L'ideologie du glaive. Phéhistoire de la chevalerie*, Droz, Ginebra, 1983; *Chevaliers et chevalerie au Moyen Age*, Hachette, París, 1998.

9 Recuérdese cómo en los famosos tebeos de *Asterix y Obelix*, los galos descalifican al poeta Asegurancéturix, del que huyen tapándose los oídos o al que abandonan atándolo a un árbol. Sin embargo, esas hazañas serían desconocidas si no fuera por los cronistas y poetas que las narran (el guionista y el dibujante).

10 Véase la definición de *sociedad litúrgica* en C. PICKSTOCK, *Más allá de la escritura. La consumación litúrgica de la filosofía*, Herder, Barcelona, 2005.

temente compleja, que va con-formando la ideología de la guerra, autónoma respecto de la ideología del soberano / clérigo y del labrador, a quien se prohíbe incluso portar armas. Reaparece de nuevo el «esquema trifuncional» indoeuropeo¹¹, que a finales del siglo X dibujan Adalberón de Laon y Gerardo de Cambrai¹². Un esquema que ha de entenderse desde el punto de vista conceptual, pero que siempre está desbordado por múltiples *estamentos* dentro de la comunidad humana¹³.

Pero ahora el renovado esquema trifuncional obliga a otra tarea ideológica: compaginar y hacer coherentes al mártir cristiano con el guerrero cristiano; al héroe que rehúsa coger la espada y al héroe que protege a la iglesia. La ideología cristiana, a diferencia de la ideología imperial, no podrá articular, sintetizar o conjugar al *miles* con el labrador, ni al *miles* con el mercader o el artesano, y ha de yuxtaponerlos mediante requisitos *ad hoc*:

En primer lugar, y a través de una estructura maniquea: la existencia ontológica y personalizada del mal transforma la idea de un Cristo doliente, vencido y humillado hasta la muerte, en un Cristo vencedor y triunfante sobre las fuerzas del mal. Los santos ya no son mártires que mueren con la espada, sino aristócratas: San Eloy (588-660), orfebre, jefe de la casa de la moneda; San Audoeno (600-684), hijo de una familia rica y obispo de Ruán...

A continuación, absorbiendo los antiguos ritos paganos guerreros con valores cristianos: las ordalías; el juramento sobre la espada / cruz ; el refuerzo de la espada con reliquias insertadas en las empuñaduras...

Y, finalmente, quedan ambos enfrentados en ese estadio que Flori ha llamado «cristianismo bárbaro»¹⁴: una sociedad eclesial litúrgica que adquiere rasgos cada vez más guerreros y mágicos que la precipitan en guerras sacralizadas, la cara opuesta de la sociedad del perdón y el amor. El combate interior contra el mal que se predica en el cristianismo original se transforma en el combate de los clérigos contra las fuerzas del mal mediante la oración, y en el de los guerreros, mediante la espada. La Iglesia esperaba así la protección de sus fieles y clérigos, frente al ataque de infieles y herejes, cuya entidad es esencial y no meramente pasajera. El pacto entre los Francos y Roma conduce a una sacralización creciente de la guerra en beneficio de ambas entidades, en el marco de la sociedad litúrgica.

Y los obispos y papas imaginan estrategias para salvar la figura independiente del Guerrero. El hecho crucial tiene lugar con León IX (1049-1054),

11 Según la tesis de G. DUMÉZIL. Véase, por ejemplo, *El destino del guerrero*, Siglo XXI, Madrid, 1971.

12 G. DUBY, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Argot, Barcelona, 1983.

13 J. HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1984.

14 J. FLORI, *Guerra Santa, Yihad, Cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam*, Universidad de Granada / Universitat de València, 2004, p. 58.

un Papa que se ha enfrentado militarmente a los normandos en la batalla de *Cividale* (1053); y aunque fue vencido, hecho prisionero y devuelto a Roma, antes de morir acredita la idea de que los soldados de San Pedro (*milites sancti Petri*) que combaten por la causa del Papa, mueren como mártires. Los autores de *Vida de San León* (1060-1070) insisten en la glorificación celestial de los guerreros muertos, que serán utilizados por los canonistas para justificar el derecho de la iglesia a usar la fuerza armada.

Gregorio VII —el monje Hildebrando— (1020-1085) pretende reducir todos los reinos —Hungria, Dinamarca, Polonia, Rusia, España, Inglaterra...— al vasallaje de la Santa Sede y reclama la ayuda de sus príncipes. El proyecto de Gregorio VII de «liberación de la Iglesia» del dominio de los poderes laicos implica la reconquista cristiana: la lucha en el interior contra herejes, cismáticos, simoníacos, concubinarios...; la protección armada de las tierras de San Pedro en Italia; la reconquista de los territorios invadidos por los musulmanes; y la colonización de territorios de la Europa Oriental (*Drang nach Osten*). En su abundante *correspondencia* Gregorio VII invoca a menudo el servicio o contribución armada destinada a la defensa o a la reconquista del patrimonio de san Pedro. Continuando las coordenadas que diseña San Agustín¹⁵, proclama una ideología fuertemente dualista: A un lado, Dios, Cristo, san Pedro y la Santa Sede; al otro, el mal, Satanás, el Anticristo y los herejes, infieles y paganos. El concepto de *guerra santa* progresa y se refina bajo su mandato.

Pero una cosa es el proyecto y otra su cumplimiento. Las Cruzadas, piedra de toque del poder medieval, protagonizadas por los reyes cristianos y santificadas por la Iglesia, son un verdadero fracaso militar y político. Los objetivos de recuperar Jerusalén y, a partir de ahí, expandirse por el Este, se convierten en una empresa inviable para los guerreros cristianos organizados por el papado. Es este fracaso de las Cruzadas lo que lleva a la iglesia romana y a los reinos cristianos a trazar la Frontera-Este y a reorganizar la vida en comunidad ya desde la tercera cruzada, pero definitivamente con la caída de San Juan de Acre (1291). Así lo resume bellamente Ruiz Domènec:

«Eso explica el éxito de obras como la de *Marco Polo* que sirvieron para mantener intacta la convicción en un mundo de horizontes abiertos, justo en el momento mismo en que las fronteras políticas comenzaron a cerrarse tras la caída de *San Juan de Acre* en manos turcas»¹⁶.

15 HENRI-XAVIER ARQUILLIÈRE, *El agustinismo político. Ensayo sobre la formación de las teorías políticas en la Edad Media*, Universidad de Granada y Universitat de València, Granada, 2005.

16 RUI DOMENECH, *Observando la modernidad desde la edad media*, Institució Alfons El Magnànim, Valencia, 1999, p. 98.

A partir de ahí, el pacto feudal¹⁷ entre caballero y Papado queda debilitado, cuando no en entredicho. Y, como es natural, son muchos los grupos políticos y económicos los que se proponen como sujetos de esa reorganización. Triunfarán los Príncipes apoyados por burgueses mercaderes y artesanos, lo que conlleva su cara ideológica, el *humanismo* renacentista, cuya labor se hace esencial en lo que concierne al mundo de la renovación pedagógica, en el ordenamiento del espacio, en la consideración de las técnicas y de las artes... Pero ninguna de aquellas fuerzas tuvo la suficiente como para destruir al papado, muy habilidoso para acompañar a los humanistas y hacerse acompañar por ellos.

Antes ya de la cuarta cruzada el papado se propone nuevos *finés* y envía a monjes como embajadores para explorar las posibilidades de entrar en contacto con mogoles y chinos. Giovanni P. Carpini (1245) fue uno de los pioneros, aunque el éxito lo alcanzó Marco Polo (1254-1324). Para alcanzar estos fines el papado va conformando nuevos *planes* que entran en conflicto interno. La Iglesia se divide entre conciliaristas (concilio de Basilea) y papistas; pero los monarcas europeos llegan a acuerdos con el papado, retiran su apoyo al conciliarismo y permiten que el papismo se imponga. El *programa* propuesto por Nicolás V (1447-1455), que ha obtenido un éxito sin precedentes con el jubileo de 1450, consigue dar un giro total a las posiciones tradicionales del papado. El nuevo papa educado en Bolonia acepta las preocupaciones y anhelos del Renacimiento, considera que la literatura, los edificios y las artes de la antigüedad (Grecia y Roma) podrían proporcionar una fuente de renovación para aquella sociedad, crea el núcleo de la Biblioteca Vaticana e inicia la restauración arquitectónica de Roma. Y si bien su sucesor Calixto III (1555-1458) continúa interesado únicamente en la recuperación de Constantinopla, a su muerte Pío II (1458-1464), el gran humanista Aeneas Silvio Piccolomini, vuelve sus ojos hacia el interior de la cristiandad. Después Sixto IV (1471-1484) lanza una ambiciosa campaña de reconstrucciones: el *Ponte Sixto*, un puente sobre el Tíber, la *Capilla Sixtina* con pinturas que equivalían a manifiestos ideológicos: *El castigo de los rebeldes* de S. Botticelli y *Cristo entregando las llaves a Pedro* de Il Perugino, donde aparece el papa ejerciendo el poder terrenal y espiritual...¹⁸

Poco a poco le llega el declive al guerrero cristiano, que será reemplazado por el *guerrero nacional*, primero en su vertiente de guerras de religión entre reformados y católicos, y, luego, durante la guerra de los Treinta Años, en luchas abiertas entre naciones, cuya conciencia (hegeliana) será Napoleón,

17 Sobre el feudalismo, F. L. GANSHOF, *El feudalismo*, Ariel, Barcelona, 1978.

18 E. DUFFY, *Santos y pecadores. Una historia de los papas*, Acento Editorial, Madrid, 1998.

pero cuya preconciencia crítica (socrática), tal es la tesis que sostengo, fue Cervantes a través de su personaje don Quijote de la Mancha.

3. LA IDEOLOGÍA INSTITUCIONAL DEL CABALLERO CRISTIANO

Hasta el comienzo de las guerras de tipo nacional, el Guerrero pasó incólume por entre todos los proyectos medievales: los de la monarquía capeta; los de los gibelinos de Enrique VI y Federico II; los del imperio atípico de Alfonso X el Sabio; los del papado... La institución del caballero cristiano, independiente tanto del poder soberano y clerical como del poder productor de labradores, artesanos o mercaderes, mantiene su fuerza ideológica en contraste siempre con las figuras del amor: la propaganda en forma de libros de caballerías; la jurisprudencia en forma de reglas de comportamiento respecto de otras funciones de la sociedad política; y el doctrinal mismo del caballero escrito por los clérigos, realizan la acribia o recorte del Caballero cristiano respecto de las demás funciones sociales.

— La propaganda a través de las hazañas de los caballeros, cuyos modelos fueron los *Cantares de Gesta*, vinculados a los reyes de Francia en la tradición de Carlomagno y el *Ciclo artúrico*, vinculado a los reyes de Inglaterra (Enrique Plantagenet...). Chrétien de Troyes (c. 1135-c.1183) escribe obras que immortalizan al caballero, entre las que destaca *Lanzarote*, quien transportado por el amor ciego y trágico que siente por Ginebra, trata de rescatarla de su secuestrador, Meleagante. Lanzarote reivindica el amor trágico frente a los valores del matrimonio y la caballería. Robert de Boron, que vive entre los siglos XII y XIII, cristianiza la leyenda del Santo Grial: los guardianes del Grial recuerdan los antiguos reyes de Israel y el mundo de Arturo es una especie de pueblo de dios (al modo del pueblo de Israel). En España tiene una gran influencia el ciclo llamado *post-Vulgata*, que narra historias de caballeros que pecan y se equivocan... y cuyos personajes trágicos son Arturo, Merlín y Balaín, que sirven de modelo para los propios guerreros:

«El grupo de los *milites castrorum* acogieron las formas de vida y de pensamiento que transmitía la literatura de entretenimiento de allende los montes; estos modelos fueron tan bien aceptados porque estos pequeños grupos de caballeros estaban dispuestos a adaptarse a ellos»¹⁹.

— Las reglas y principios que rigen al Guerrero van quedando fijados en la legislación. El código jurídico del caballero, como pone de relieve Jean

19 G. DUBY, o. c., p. 401.

Flori, aunque se remonte a las leyendas sobre Carlomagno, comienza a fijarse a finales del siglo XI y culmina en la segunda mitad del siglo XII. Los valores caballerescos se desarrollan en la época de las Cruzadas, en las expediciones a Jerusalén, se perfecciona el arte del combate, se reglamentan cuidadosamente los torneos... y así mantienen su orden y su código moral: «De este modo llega a ser un *ordo*, que justifica *a posteriori* su existencia en tanto que tal» dice Jean Flori. Es en esta época cuando los príncipes comienzan a conmemorar la ceremonia de su propia investidura, que se convierte en una fiesta del poder, pública y colectiva. Junto al refinamiento de las ceremonias —el príncipe es el maestro de ceremonias; arma a su hijo, que parte en busca de gloria, desfila ante la corte a la cabeza de sus comilitones, que se unen por lazos de vasallaje...—, se vulgariza todo el ceremonial, lo que facilita la solidaridad entre la monarquía y la aristocracia laica, etc. En España, la legislación queda recogida en *Las Partidas* de Alfonso X y en el *Ordenamiento de Alcalá* (1348) de Alfonso XI.

— Además de los libros propagandísticos y las leyes que regulan los actos del guerrero, la autonomía de la caballería se manifiesta en los doctrinales. Hacia 1090 Bonifacio de Sutri establece un código del caballero cristiano (*miles christianus*) en su *Liber de vita christiana* en el que exhorta al caballero a la sumisión a su señor (fidelidad), a la renuncia al botín, a la lucha por el bien de la *res publica*, a pelear contra los herejes y a proteger a los pobres, según los modelos de los «caballeros» Alejandro Magno y Carlomagno, con sus valores de valentía, justicia, prudencia y templanza. En la España medieval brillan con luz propia los doctrinales de Ramon Llull y Alonso de Cartagena.

El guerrero, tradicionalmente, tenía que dedicarse a guerrear, y era cosa de los poetas e historiadores cantar sus hazañas. Sin embargo, no se podía olvidar su opuesto, la sociedad litúrgica del amor, cuya mediación le cabe al estudio de las Letras. A lo más que se podía llegar era a que el caballero ejercitara la pluma escribiendo poesía cortesana; pues el desprecio de las Letras por los caballeros era una situación normal en toda la cristiandad y en España en particular, lo que se corroboraba «por la falta de éxito militar de algunos de los pocos príncipes y nobles de la España del siglo XV que habían desdénado la tradición, interesándose por las letras, incluso parecía probado lo correcto de esta opinión» [Se refiere a Juan II de Castilla (1406-1454)]²⁰. Las Letras podrían ser un perfecto mediador para salvar el concepto inasimilable de «guerra santa».

20 P. E. RUSSELL, «Las armas contra las letras: para una definición del humanismo español del siglo XIV», en *Temas de la Celestina y otros estudios. Del Cid al Quijote*, Ariel, Barcelona, 1978, p. 212.

4. EL DOCTRINAL DEL CABALLERO CRISTIANO EN ESPAÑA

En la monarquía española, uno de los primeros que se interesaron por unir Armas y Letras en España fue D. Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, que escribe *Proverbios de gloriosa doctrina e fructuosa enseñanza* para animar al príncipe heredero Enrique de Castilla a interesarse por las Letras: «La sciencia non embota el fierro de la lança, nin face floxa la espada en la mano del cavallero». Alonso de Cartagena (1384-1456) también hace compatibles el uso de las Armas con el de las Letras y estimula a los caballeros para que accedan a ellas. El obispo de Burgos, ya en su *Respuesta a una letra y cuestión que «sobre el acto de la cavallería» le había enviado Íñigo López de Mendoza* (1444) llama la atención sobre una fórmula trascrita incorrectamente por los copistas que aparece en el *De militia* de Leonardo Bruni d'Arezo. La fórmula, empleada cuando se golpea con la espada al candidato reza como sigue: «*peszer rictet deulranet*». La expresión correcta sería: «*peszer [=besser] ritter denne [als] knecht*» = «Mejor caballero que escudero». La discusión humanística sobre el lenguaje, que tiene que ver con la inteligibilidad, se conjuga en Cartagena con el interés por la acción del propio Guerrero, quedando vinculadas internamente las Letras con las Armas.

Y así se comprueba en El *Doctrinal de los caballeros*²¹ redactado poco después, en 1445 e impreso en Burgos en 1487 y 1497. El *Doctrinal* es un ejemplo espléndido del canon de los doctrinales de caballería que nos servirá de puente entre el código de Bonozon de Sutri y el momento de su disolución crítica (socrática) por Cervantes.

El *Doctrinal* —que como sustantivo significa «libro que contiene reglas y preceptos y como adjetivo «lo perteneciente a la doctrina o enseñanza que se da para la instrucción de alguien»— es un libro normativo. Y *Doctrinales de caballerías*, el conjunto de reglas y preceptos dirigido a los caballeros para instruirlos en lo que concierne a su profesión. Las fuentes del *Doctrinal* de Alonso de Cartagena son tanto *profanas, clásicas*: Aristóteles, Cicerón, Valerio Máximo... como *eclesiásticas*: San Pablo, San Jerónimo, San Agustín... En el *Doctrinal* pueden advertirse los tres momentos en que se organiza el discurso ideológico de la institución militar cabalresca²²:

21 ALONSO DE CARTAGENA, *Doctrinal de los caballeros*, edición de J. M. Viña Liste, Universidad de Santiago de Compostela, 1995.

22 G. Bueno llama *nematologías* a estos conjuntos (más que sistemas) de creencias se formulan y reformulan una y otra vez, en contacto con otros conjuntos o sistemas de creencias que proceden de otros núcleos institucionales (religiosos, políticos...) o tecnológicos (oficios...) con los que pueden entrar en conflicto por incompatibilidad. Cf. *Cuestiones quodlibetales sobre Dios y la religión*, Mondadori, Barcelona, 1989, pp. 97-114. La superación de las incompatibilidades queda a beneficio del arte del ideólogo: ¿Qué tipo de sociedad podría salir del cruce de la ciudad de Dios (una sociedad civil) con unos pueblos guerreros cuyos valores son la fuerza, el compañerismo, la adhesión personal al jefe, el coraje o el heroísmo en combate?

a) *Cuestiones preambulares sobre los límites del caballero*: La definición genérica de *caballero* le conduce a Cartagena hasta la antigüedad (Zoroastro), y de manera específica se asimila a la milicia armada. Esta institución ideológica militar doctrinal parte de una concepción de una Filosofía de la Historia Providencialista, heredera de San Jerónimo, que castiga a España con la invasión de los musulmanes: «E después de la terrible malandança e singular desventura que Dios, provocado por nuestros pecados, quiso dar a España en el tiempo del rey don Rodrigo, reinaron en Castilla y en León...» (p. 12). La guerra justa no se hará, por tanto, por deseo para derramar sangre, sino por la defensa de la fe y de la Iglesia y para extender la fe entre las gentes.

b) *Cuestiones propagandísticas*: Alonso de Cartagena señala que se han escrito muchos libros precisamente «para despertar los corazones en los fechos de la caballería» (p. 11), de manera que si en España no se encuentra documentación antigua es porque «non ovo en ella tanta copia de pregoneros elocuentes» (p. 12).

c) *Cuestiones doctrinales propiamente dichas*. El campo de atención de su estudio es el de la ordenanza de leyes. Cartagena menciona a quienes escribieron ordenanzas en la antigüedad: Foroneo, mítico rey de Argos, Mercurio Trimegistro de Egipto, Solón de Atenas, Licurgo de Esparta y Numa Pompilio de Roma. Respecto de España, y aunque se remonta al *Fuero juzgo* de Recesvinto (653), las ordenanzas se inician con Alfonso VI y los *Fueros de las leyes*; Alfonso X y *las Partidas*, y Alfonso XI (1311-1350) y el *Ordenamiento de Alcalá* (1348). Alonso de Cartagena extraerá de los ordenamientos y leyes, aquellas cuestiones pertenecientes a la milicia armada, «como sean mezcladas entre otras muchas» ya que pueden ocuparse únicamente de aquellas que «atañen a la cavallería».

El *Doctrinal* puede leerse como el intento de hacer coherente la figura del Guerrero en la sociedad litúrgica del amor, un don proveniente de Dios y un sacrificio a Dios. Está dividido en cuatro libros: *Libro I o De los deberes del caballero y otros protagonistas de la guerra*; *Libro II o De los derechos del caballero*; *Libro III o De las asonadas, desafíos, retos, treguas y paz. De los torneos*; *Libro IV o De los vasallos e sus clases: de las beheterías y encomiendas. De algunas cosas especiales de los cavalleros. De los maleficios e privilegios*).

Echemos una breve mirada al *Libro I*. En él Cartagena establece la raíz o principio de toda obra de caballeros en la fe católica, cuyos postulados son: Existe un único Dios que se manifiesta en tres personas; la bondad del mundo sólo es perturbada por la acción del diablo; la carnalidad de Jesucristo —enviado por el Padre para la salvación del hombre— se muestra en su pasión y muerte; y la autoridad de la iglesia universal, en la que se realiza el misterio de la Eucaristía.

Alonso de Cartagena se remite a la teoría de los tres órdenes estamentales establecidos por Adalberón: «ca bien así como los que ruegan a Dios por el pueblo son llamados *oradores*, e otrosí los que labran la tierra e fazen en ella aquellas cosas por los omnes han de bevir e mantenerse son dichos *labradores*, otrosí los que han de defender a todos son llamados *defensores*», tripartición que toma de las *Partidas* II, XXI:

«...tan bien los *oradores* que deximos como los otros que han de gobernar las tierras por sus *lavores* e por sus trabajos, con todo aquesto no hay ningunos a quien más convenga que a los *defensores*, porque ellos han a defender la Iglesia y los reyes...» (p. 25).

Sobre el nombre *miles*, Alonso de Cartagena propone una etimología hiperbólica. *Milicia* quiere decir compañía de hombres duros y fuertes escogidos para sufrir y por eso se llamaban *de mil*, pues de mil hombres escogían uno para ser caballero.²³ En la respuesta al marqués de Santillana, Cartagena ofrece tres sentidos diferentes a *miles*: combatiente genérico, combatiente a caballo o caballero armado por el rey.²⁴ Pero si los caballeros son elegidos entre mil ¿cuáles han de ser los criterios de elección? Los caballeros han de buenos lanzadores, capaces de herir y crueles; fuertes, y con vergüenza (honor, propia estima) que les impida huir en el combate²⁵. La gentileza la obtienen los hombres fundamentalmente por linaje, aunque también se permite un resquicio por el que se incorporen quienes destaquen por el saber o por la bondad. Alonso de Cartagena propone las clásicas virtudes cardinales: «cordura [sabiduría] e fortaleza e mesura [templanza] e justicia» (p. 25). El símbolo de esas virtudes se sintetiza en la *espada*: el mango representa la cordura; el pomo, la fortaleza; el arriaz o gavlán de la espada, la mesura; el hierro, la justicia.

23 Esta etimología viene de antiguo: S. Isidoro afirma que «Mas de este nombre que *miles* dezimos, segund que el santo doctor Isidoro, arzobispo, recuenta, Rómulo fue el inventor, porque escogió mil para guerrear». M. PENNA, *Prositas castellanos del XV*, Real Academia Española, BAE, vol. 116, 1959, p. 240. Etimología que continúa defendiendo Ramon Llull: «Con estas palabras el caballero dio el libro al escudero. Y cuando éste lo hubo leído y entendido que el caballero es uno elegido entre mil, para el más noble de todos los oficios; y hubo entendido la regla y el orden de caballería...» *Libro del Orden de Caballería*, Austral, p. 19.

24 Ramon Llull se ciñe al combatiente a caballo: «Y porque el *caballo* es la bestia más noble y más conveniente para el servicio del hombre, fue elegido el caballo entre todas las bestias y fue entregado al hombre elegido entre mil. Y por esto este hombre elegido es llamado caballero» (p. 22).

25 No deja de ser curioso que Alonso de Cartagena se incline más que por los gruesos, por los flacos (como luego lo será don Quijote): «... ca mucho tovieron que era mejor el omne flaco e sofridor que el fuerte y ligero para foir» (p. 23).

Los caballeros deben ser entendidos, para no errar en aquello que han de defender; estar bien acostumbrados, ser arteros, mañosos y muy leales, y han de conocer bien los caballos y las armas.

Además de ordenar un caballero a otro, pueden hacerlo asimismo el rey o su heredero, aunque no fuesen caballeros, por razón de reino o por ser cabeza de caballería. Se muestra así el lazo personal entre los caballeros (forma una relación interpersonal, que es una de las características de las relaciones humanas del medioevo y que, como señala Oakley, implica un contrato particular (no respecto de la polis o de la ciudad republicana, sino de la ciudad litúrgica), lo que conllevaba, además, restricciones del poder del rey²⁶.

La liturgia del caballero: El escudero que va a ser armado caballero debe ir vestido con limpieza y apostura, a pesar de que su oficio o «menester es fuerte y crudo así como de ferir o matar...». Debe realizar vigilia la noche anterior a recibir la condición de caballero. Ha de lavarse la cabeza y vestirse y calzarse con los mejores paños. Y, además, ha de «lavar el alma» velando en la iglesia, pidiendo el perdón de sus pecados y ayuda y guía, como «omnes que entran en carrera de muerte» (p. 32).

El que ha de ser caballero debe ir con la espada a oír misa y rogar a Dios. Quien le ha de armar caballero le ha de preguntar si quiere recibir y si ha de mantener la orden de caballería; después le calzará las espuelas, para que ande recto, de manera que no se tuerza; ceñirá la espada sobre el brial [faldón] y lo invitará a hacerse acompañar de las cuatro virtudes (prudencia, justicia, fortaleza y templanza). El caballero habrá de llevar siempre la cabeza descubierta, ya que quien la cubre porta alguna imperfección o se avergüenza de algo. Con la espada en la mano ha de jurar que no dudará en morir por su rey, su señor natural o su honra. A continuación es el momento de la «pescozada», de desear al nuevo caballero que Dios le guíe y de recordarle que deberá cumplir lo prometido. Por fin, el beso, en señal de fe, de paz y de hermandad. La espada ha de ceñírsela su *padrino*, que es su señor natural, o aquel de quien tenga dependencia; por eso el caballero no puede ir jamás contra su padrino.

Los caballeros han de cabalgar dando ejemplo, han de llevar armas en tiempos de guerra; se han de vestir con colores alegres (bermejos, jaldes = amarillo subido, verdes, cárdenos = azul morado...) y manto. Han de ser medurados en el comer, el beber (vino blanco, muy aguado) y el dormir. Al comer o al dormir, los caballeros deben leer o hacerse leer los hechos de armas que otros hicieren. Es decir, la *institución ideológica militar propagandística* del guerrero, frente a la lírica, etc.

26 F. OAKLEY, *Los siglos decisivos*, Alianza, Madrid, 1980.

«E aun sin todo esto, fazían más, que non consintían que los juglares dixesen ante ellos otras cánticas, sino de guerra o que fablesen de fecho de armas [...] Y eso era porque, leyéndolas, les crecían los coraçones y esforçábanse faziendo bien, queriendo llegar a lo que los otros fizieran e pasar de ello» (pp. 38-39).

Los caballeros deben guardar todo aquello que juran y para que no yerren en sus deberes deben llevar un distintivo con su linaje, tanto por una señal en el cuerpo, como por escrito, para que puedan ser conocidos. Y entre otros deberes, han de salir en defensa de los desvalidos:

«E aun guardavan al caballero o dueña que viesen cuitados de pobreza o por tuerto que oviesen rescibido de que no pudiesen aver derecho, que pugnasen con todo su poder en ayudarlos que saliesen de aquella cuita; e por esta razón lidiavan muchas vegadas por defender el derecho destes tales» (p. 40).

Respecto a las palabras, no han de mentir ni ser villanos ni desmesurados; con la excepción de la «mentira piadosa», que Maquiavelo, setenta años después, considerará «razón de Estado»:

«Otrosí tenían por bien que se guardasen de mentir en sus palabras, fueras ende en aquellas cosas que se oviese a tornar la mentira en algún grand bien, así como desviando daño que podría acaescer si non mintiesen, e otrosí trayendo alguna pro, metiendo asosegadamente con los omnes que fuesen movidos a fazer algún grand mal, o poniendo paz o acuerdo entre aquellos que se desamasen, o en otra cosa que por aquella mentira se quitase mal e traxiese bien» (pp. 40-41).

Y respecto a los hechos, han de ser leales, firmes y esforzados. Al entrar en combate, si tienen dama o amiga, se han de encomendar a ellas con el fin de acrecentar el valor²⁷. Y deben ser honrados, por la nobleza de su linaje, por su bondad y por el provecho de ello.

Aunque, de vez en cuando, A. de Cartagena pone los límites del caballero en los clérigos:

«como ellos se meten a peligro de muchas maneras, de guisa que ninguno non deve estar ante ellos en la iglesia cuando estovieren en

²⁷ «...antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana e devoción como si ellas fueran su Dios» dice don Quijote (I, XIII, 113).

las oras si no los perlados e otros clérigos que las dizen e los reys e los grandes señores a quien ellos oviesen de obedescer...» (p. 42).

Sin embargo, inmediatamente, Cartagena señala los privilegios del caballero: aunque esté en juicio, no pueden darle tormento como a un hombre cualquiera, o despeñarle, etc. Y mientras esté en hueste o en servicio fuera de su casa, no pierdan nada de sus haciendas ni ellos ni sus mujeres.

De todas maneras, el caballero puede perder su honra y ser expulsado de la caballería si en hueste o en frontera vendiese el caballo y armas, o los perdiese al juego de los dados, etc. O hiciese caballero a hombre que no lo deba ser; o «si usase públicamente él mismo de mercadería; o obrase de algún vil menester de manos por ganar dineros, non seyendo captivo» (p. 444): es decir, que el guerrero tiene prohibido el trabajo manual, su contacto con el mundo de la producción y de la mercadería.

Además de los grandes señores —príncipes, duques, condes, marqueses, jueces, vizcondes y ricohombres...— y de los caballeros, en las guerras se precisan otras subcategorías funcionales: los *adalides*, para guiar las huestes y saberlas guardar de los peligros; los *almoçadenes*, caudillos o capitanes de tropa; los *almogávares*, soldados de una tropa especial, adiestrados en realizar incursiones en campo enemigo, y los *peones* que saben tirar de ballestas, etc.

Cartagena sigue la tradición agustiniana de la «guerra justa», y se apoya en el texto de Mateo (X, 34) y Lucas (XII, 51): «No vine a traer la paz, sino la guerra». La guerra es justa si se hace por defensa y ensalzamiento de la fe. Igualmente se remite al papa Gregorio Magno (1147-1241), protector de las órdenes religiosas. El texto es claro y rotundo:

«Donde, el papa Grigorio [...] loando a Giraldo Patricio, dize que deseava mucho a menudo fazer guerra, non por deseo de derramar sangre, mas por dilatar la casa de la república en que fuese servido Dios y el nombre de nuestro señor Jesucristo extendido por predicación de fe entre las gentes súbditas. Y esto pertenece mucho a los cavalleros» (p. 57).

Defiende Cartagena la doctrina aristotélica (*Política*, 1333a12-13) de la guerra en función de la Paz: «E por ende dixeron los sabios antiguos que era bien, de sufrir los omnes trabajos e los peligros de la guerra por llegar después por ello a buena paz e folgura» (p. 57).

Hay cuatro maneras de guerra: 1) La guerra *justa*, por cobrar lo suyo de los enemigos, o guardar sus cosas y a ellos mismos; 2) la guerra *injusta*, guerra que se mueve por soberbia y sin derecho; 3) la guerra *civil*, entre los moradores de algún lugar, por desacuerdo; 4) la guerra *plus quam civilis*, en la que combaten incluso los parientes entre sí.

Lo interesante es que Cartagena pone la primera razón para hacer la guerra en «el acrecentamiento de los pueblos y su fe y para destruir a quienes la quisieran combatir». Otras causas es la defensa del rey o de su tierra propia, cuyos enemigos pueden ser del propio reino, o de fuera, que quieran tomar por fuerza la tierra.

Y cierra Cartagena el libro I con una curiosa referencia al «cabalero andante», aquel que «se allegare allí por aventura que venga de otra tierra»:

«Por ende establecemos esta ley que, deste día en adelante, cuando quier que los enemigos se levanten contra las gentes del nuestro reino, que todo omne de nuestro reino, siquier sea obispo, siquier sea clérigo o conde o duque o ricomne o infançon o cualquier omne que sea de la comarca de los enemigos, o si fuere llegado a la frontera cerca de ellos o *se allegare allí a ellos por aventura que venga de otra tierra*; [...] aquel que no quiso exir contra los enemigos por algún miedo, o por algún engaño non quiso ser presto para amparar la tierra, sea echado de la tierra si es obispo o clérigo, o non oviere de facer la emienda del daño que fizieron los enemigos en la tierra como mandare el príncipe» (p. 100).

5. EL «TERCER HILO» DE LA TRAMA DE LA «CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL»

A medida que se desarrollan las técnicas guerreras de la pólvora y triunfa el humanismo ideológico, el caballero cristiano medieval va quedando como un residuo, sin capacidad real de combate y envuelto por la estructura ideológica de propaganda de la institución militar, que le relega a convertirse en un personaje literario, cuyo canon fijaron los libros de caballerías.

Los humanistas criticaron duramente esa propaganda, que ya no era funcional para los nuevos tiempos con sus novedosas guerras de «pólvora y estaño» en espléndida síntesis cervantina²⁸. Si el humanismo ya veía al caballero medieval como una figura social a superar, desde el horizonte de nuestra contemporaneidad queda aun más difuminada. Pues no han sido las guerras de caballeros, sino las *guerras nacionales* las que han arrasado el solar europeo. En nombre de la libertad y de la igualdad —asusta lo que puede ocurrir ahora en nombre de la fraternidad/solidaridad— han muerto millones de hombres, mujeres y niños en batallas promovidas por los hijos del humanismo y de la

28 M. DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Francisco Rico, Real Academia Española, 2004, primera parte, capítulo XXXVIII, p. 397. Una crítica que en España se hace muy intensa tras la conquista de Granada. Américo Castro cita a los más relevantes, desde Luis Vives hasta José de Sigüenza, pasando por Valdés, Guevara, Cervantes de Salazar, etc. en *El pensamiento de Cervantes*, Trotta, Madrid, p. 50.

ilustración, todo ello culminado con el holocausto y la explosión de dos bombas atómicas en sendas ciudades japonesas. Las guerras nacionales²⁹, en todo caso, anulan la independencia del guerrero —«Calla —dijo don Quijote—, ¿y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?» (I, X, 91)»— y vuelven a integrarlo en la sociedad civil. Este acontecimiento puede rastrearse ya en los planes de reclutamiento de Maquiavelo, se hace visible en las guerras civiles en Inglaterra y cristaliza con la revolución francesa —«*Allons enfants de la Patrie...*»—. Los ejércitos de las monarquías se transforman en ejércitos de las naciones y, entonces, «el ejército se recluta por enrolamiento voluntario. Enrolarse es mostrarse patriota y buen republicano. Los dos términos son sinónimos»³⁰. Por esta razón, y tras las guerras nacionales con millones de muertos, es difícil contemplar al guerrero medieval, a quien, junto al clérigo, se hace sujeto del oscurantismo, la intolerancia y el fanatismo³¹. Es preferible, entonces, enfocar la figura del caballero cristiano desde algún testimonio más cercano a su tiempo. Y para ello voy a recurrir a dos textos, uno de Blaise Pascal y otro de Miguel de Cervantes.

5.1. Blaise Pascal: Logos, Moral y Amor

¿Por qué hablamos de un tercer hilo? Porque consideramos que el hilo básico que produce la Institución ideológica militar del Guerrero se yuxtapone (*por contigüidad*) a otros dos hilos que ya constituían la urdimbre del tejido que solemos llamar *pensamiento occidental*. Y estos hilos los encontramos a partir de los métodos clásicos de fuentes escritas: los *textos filosófico-político-estéticos* de las Grecia y Roma clásicas que incorporan filósofos, artistas y políticos; y los *textos bíblicos hebreos cristianizados* por el Nuevo Testamento que formulan los sacerdotes. Las fuentes helénicas, aun cuando poco sistematizadas, se basan en el predominio del *lógos* («la ciencia que se busca») investigado por Platón, Aristóteles, los estoicos, Cicerón... Y las fuentes judeocristianas se basan en la original idea de un Dios Creador, que establece una Alianza con los hombres, y su corolario: la idea del hombre sujeto moral, que ha de dar cuenta del cumplimiento de ese pacto; que, además, separa el Reino de Dios y el reino de los hombres: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (*Marcos*, 12,17). Con el cristianismo, esta tendencia hebrea se radicaliza, y no se verá ya el Estado o sociedad política en su función positiva, que trata de hacer buenos ciudadanos a los hombres,

29 Véase el bello libro de R. CAILLOIS, *La cuesta de la guerra*, FCE, México, 1975.

30 CAILLOIS, o. c., p. 133.

31 Es necesario disolver todos esos adjetivos tópicos sobre el medioevo como hace el imprescindible J. HEERS en *La invención de la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 1995.

sino en su función negativa, consecuencia de la Caída de Adán, un castigo y un remedio del pecado³².

Estos dos hilos fueron entrelazados por Eusebio de Cesarea, San Jerónimo o Paulo Orosio³³ alrededor de una nueva idea que el Nuevo Testamento apuntaba: el Amor (*ágape*) de los unos hacia los otros. Pero un acontecimiento (una singularidad histórica) retorcerá este novedoso hilo —demasiado delicado y frágil—, una figura propia del cristianismo carolingio, que transformará radicalmente el pensamiento europeo: la irrupción del «guerrero bárbaro» como la cara opuesta inseparable aunque dissociable de la sociedad del amor.

Si ya se necesitaba una sutil habilidad para que el saber filosófico acogiera la idea de un Dios creador —el extravagante invento de los hebreos— forzando textos de Platón, Aristóteles y los estoicos, ahora se requería un verdadero milagro para justificar la incorporación de este nuevo hilo que es el Amor, y hacerlo compatible y aun identificarlo con la figura del guerrero y salvar el oxímoron «*guerra santa*». La modernidad, que realizará múltiples inversiones —la inversión teológica (Dios deja de ser aquello sobre lo que se habla, para ser aquello desde lo que se habla), la inversión moral (los clérigos pasan a ser laicos y los laicos clérigos), la inversión epistemológica (las condiciones del ser dan paso a las condiciones del saber)...—, ejercita también la inversión que podríamos llamar en puridad «cristiana»: el terrible Dios de Abraham se transforma en el Cordero de Dios, en el Dios del Amor. Y éste es el tercer hilo de la trama: el Dios del Amor, que absorbe al Dios justiciero del Antiguo Testamento, identificándose con él. Blaise Pascal, con la genial agudeza que le caracteriza, intuye la complejidad del pensamiento occidental al caracterizar a Dios, que resume en *tres* notas (en nuestros *tres* hilos): el Logos, El Mandamiento de Dios Creador (o Moral) y el Amor:

«El Dios de los cristianos no consiste en un Dios simplemente autor de las *verdades geométricas* y de la ordenación de los elementos; éste es el lote de los paganos y de los epicúreos [*LOGOS*]. No consiste solamente en un Dios que ejerce su providencia sobre la vida y sobre los bienes de los hombres para conceder una *feliz serie de años a los que le adoran*: éste es el lote de los judíos [*MORAL*]. Pero El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de los cristianos es un Dios de amor y de consuelo; es un Dios que llena el alma y el corazón de aquellos a quienes posee; es un Dios que les hace sentir interiormente su miseria y su misericordia infinita; que se une al fondo de su alma; que la llena de humildad,

32 Cf. F. OAKLEY, o. c., p. 135.

33 M. BLOCH, *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1986, p. 110.

de alegría, de confianza, de amor; que los hace incapaces de otro fin que Él mismo [AMOR]»³⁴.

Para producirse este acontecimiento intelectual ha tenido que disolverse el oxímoron al quedar desplazados los términos de la oposición y quedar acogidos en nuevas estructuras. Pero ¿dónde encontrar el paso intermedio que separa (y no sólo disocia) la *contradictio in terminis*? Creemos haber hallado ese intermediario en *Don Quijote de la Mancha*.

5.2. Don Quijote de la Mancha o el «guerrero socrático»

La genial obra de Cervantes puede leerse como un diálogo, el *diálogo del guerrero*³⁵: El caballero andante, símbolo de la caballería militar, sale dispuesto a realizar increíbles aventuras e inverosímiles hazañas, no para que su fama sea alabada por clérigos, poetas o cronistas —de Christian de Troyes a Jean Froissart— ni a servir de tema a las damas que entretienen sus tardes eligiendo entre clérigos o caballeros, sino a *argumentarlas*, a mostrar cómo funciona, en el ejercicio mismo de su acción guerrera, la *razón práctica*. En *Don Quijote de la Mancha* se realiza una reducción al absurdo de la *ideología militar caballeresca*, al eliminar todos los contextos que envuelven, ocultan y justifican la ideología del guerrero. Una vez que el contexto de la Cruzada / Reconquista ha desaparecido o se encuentra en trance de desaparecer, y el guerrero o caballero andante quiere poner en práctica sus postulados, se manifiesta como una figura completamente ridícula y nostálgica, que ha perdido el principio de realidad. Don Quijote resuelve la aporía esencial del cristianismo apelando, por una parte, a la voluntad de Dios, que exige se haga SU justicia en la tierra: «Así que somos [los caballeros] ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia» (I,XIII,112), que exige mayor sudor, afán y trabajo que los clérigos; y, por otra, a la pluralidad y contingencia del mundo: «...muchos son los caminos por Dios los suyos al cielo; religión es la caballería; caballeros santos hay en la gloria» (II,VIII, 608). Cervantes reexpone el asombroso oxímoron de la «guerra justa» en el capítulo XXVII de la Segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, desbordante de ironía, cual es el enfrentamiento de dos pueblos con motivo de unas burlas acaecidas tras el sabio rebuznar de uno de sus alcaldes. Y es éste un momento crucial, porque en él se encuentra ausente la imaginativa de don Quijote: No aparecen ni gigantes ni malandrines, ni turcos ni herejes, sino dos

34 B. PASCAL, *Pensamientos*, 449-556, Alfaguara, Madrid, 1983.

35 He desarrollado esta idea en *Don Quijote y Sancho: el diálogo del guerrero*, Oviedo (en prensa).

(cuasi) ejércitos cristianos. Así expone don Quijote la aporía de la Guerra y el Amor (Jesucristo)³⁶:

«cuanto más que el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen, mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y, así, no nos habría de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla»³⁷.

Una oposición que, al no poder ser resuelta mediante el Logos y el Sujeto Moral, ha de apelar a un acto de fe en Jesucristo, que integra el amor y la guerra, porque «nunca mintió, ni pudo mentir». El camino estaba así despejado una vez que la sociedad litúrgica está en proceso de desaparición, reemplazada por el Estado-nación: el guerrero se convertirá en soldado patriota, y el acto de fe pasará de la fe en Jesucristo a la fe en la nación.

* * *

Aún, nuestra civilización occidental continúa tratando de resolver esta singular aporía, que es la materia misma de su cultura: La imposibilidad de realizar la síntesis de esos tres hilos: Razón, Sujeto moral y Amor (fraternidad, solidaridad...) junto con la neutralización de sus opuestos: Irracionalidad, Nihilismo y Guerra.

36 La justificación y exaltación de las armas en Fray Luis de Granada es modelo por antonomasia de la aporía. Léase el siguiente párrafo que ilustra las razones por las que se dice ser el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios: «Ítem, así como son casi infinitas las obras de naturaleza, así también lo son en su manera las del arte. Lo cual podrá notar quien rodeare con los ojos alguna gran ciudad, como es Venecia o Lisboa. Porque andando por todas las calles de estas ciudades, verelas pobladas de mil diferencias de oficios y oficiales mecánicos, y si fuere a la marina, verá el trato de la mar y tantas diferencias de navíos grandes y pequeños, con toda su jarcia fabricada muy a propósito para el oficio de la navegación. Y si de ahí entrare en el almacén de las municiones, ahí verá tantas maneras de armas, unas defensivas y otras ofensivas, unas para pelear de lejos y otras de cerca, que no podrá dejar de maravillarse cómo un animal racional, que la naturaleza crió desnudo y desarmado para la paz y compañía y vida política de los hombres, tuvo corazón e ingenio para inventar tantas diferencias de pertrechos y tiros de artillería para la destrucción del género humano» (*Símbolo de la fe* (1583), cap. XXXV, Cátedra, Madrid, 1989).

37 *Don Quijote de la Mancha*, segunda parte, capítulo XXVII, p. 764.